



LA PROTECCIÓN DE LOS ARCÁNGELES



EN EL MONTE ALTO DE LA ORACIÓN

Para reflexionar en el silencio interior

**En la fiesta de San Miguel, San Gabriel
y San Rafael, arcángeles**

29 de septiembre

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«Yo les aseguro que verán el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre» (Jn 1, 51).

Madre nuestra: el pueblo cristiano les tiene mucha devoción a los ángeles. Pensamos que son nuestros grandes aliados para cualquier necesidad, y también desde niños aprendimos que nos ayudan para vencer las tentaciones, para combatir las asechanzas del demonio, quien también tiene la naturaleza de ángel, pero se perdió por su soberbia.

Los tres arcángeles que hoy celebra la Iglesia aparecen mencionados en la Sagrada Escritura. San Miguel combate contra el dragón, nos cuenta el libro del Apocalipsis. San Gabriel fue enviado por

Dios para anunciarte que habías sido elegida para ser la madre del Mesías, como relata San Lucas en su Evangelio. Y San Rafael fue designado para acompañar al joven Tobías en su viaje, según nos cuenta el libro del Antiguo Testamento que tiene su nombre. Ellos y todos los demás ángeles y arcángeles cumplen una misión encomendada por Dios, y están puestos para ayudarnos a alcanzar el Cielo. Pero debemos acudir con fe a su intercesión. Hay muchas oraciones hermosas que nos sirven para fortalecer nuestra devoción a esos fieles servidores de Dios.

Tú eres Reina de los ángeles, y debes gozar mucho cuando ves a tus mensajeros que nos ayudan para escoger siempre el bien y rechazar el mal. ¿Cómo podemos, Madre, aprovechar mejor esa ayuda y todos los regalos que recibimos de Dios para ser buenos?

Hijo mío: vamos a meditar los misterios de Dios.

Porque, aunque no puedas comprenderlos, siempre podrás contemplarlos, y tener dispuesto el corazón para escuchar los sonidos inenarrables que te revelan poco a poco la verdad. Y esos sonidos los entiende tu corazón cuando haces oración, y tu alma se enriquece, porque se llena de gracia.

Hoy hay una gran fiesta en el cielo y en la tierra.

Antes que tú y que yo, y que toda la creación, ya existían los ángeles de Dios. El bien y el mal no son consecuencia de los actos humanos.

El bien es Dios, y el mal fue creado por el mismo Dios como fruto del rechazo de un ser, creado por Él para adorarlo, consecuencia del mal uso de la libertad que Dios le dio, para tomar la más difícil decisión: obedecer a Dios, sometiéndose en todo a Él, sirviéndolo sirviendo a las creaturas, que ya en su pensamiento había creado Él, o usar el gran poder que le había dado Él para revelarse contra Él, y hacerle la guerra a todo aquel que a su voluntad lo quiera someter.

Y el más hermoso de los arcángeles tomó a la soberbia como su único rey. Creyéndose Dios, toda su belleza se desvirtuó al rechazar al único Dios verdadero. Fue despojado de todo y arrojado del cielo por aquellos que hicieron buen uso de su libertad, rindiéndole honor a Dios, glorificando su

nombre, sometiendo su voluntad a la divina voluntad para siempre, recibiendo el poder de Dios para librar al cielo del enemigo y arrojarlo al abismo, de manera que, cuando Dios creó la tierra, vio bien crear al hombre y a la mujer, y darles el don de discernir el bien y el mal.

Es así como el dragón inició su venganza contra Dios en la tierra tentando a Eva. Y, una vez que Adán rechazó a Dios desobedeciéndolo, el diablo se complació, ganando para él su descendencia.

Pero los arcángeles, que velan porque se cumpla la voluntad de Dios, y tienen el poder de ganar todas las batallas, fueron enviados por Dios a la tierra a preparar el lugar en donde el Señor derramaría su misericordia para salvar por amor y por compasión a su creación.

Y tanto amó Dios al mundo, que envió a su único Hijo para salvarlo, no engañando al diablo, sino haciéndole la guerra de frente, como un guerrero valiente, con su ejército de ángeles y sus arcángeles al frente. Una guerra que el diablo tenía perdida desde su inicio, porque Dios y él, ambos sabían que se ganaría con una prueba de amor, y amor era lo único que el diablo no tenía. Es lo que al mal y al bien diferencia.

Y la historia nos dice que perdió. Pero no se conformó, no pudo robarle al Hijo de Dios a la mujer virgen que por el Espíritu Santo lo engendró. No contaba con mi poder, el poder del amor de un corazón de madre que nunca fue suyo, que Dios creó para Él. Y al verse perdido y derrotado fue a hacerle la guerra a sus otros hijos.

En el mundo hay mucha tribulación. Pero no te preocupes, hijo mío, Cristo ha vencido al mundo. Él está contigo y ha enviado a sus ángeles y a sus arcángeles para luchar tus propias batallas junto a ti, y para ganarlas por ti y contigo, si tú así lo pides, si entregarle a Dios tu vida decides.

El Señor te da los medios para vencer con Él. Él ha derramado por ti su sangre para liberarte de la opresión del enemigo. Pero tú debes decidir entre el bien y el mal, porque Dios te ha dado libertad para amarlo, para elegir adorarlo toda la eternidad, o para rechazarlo y dejarte devorar por las fauces del diablo.

Si eliges el bien, aquí tienes al arcángel Miguel para protegerte. Él es el más grande guerrero de Dios. Con él tienes asegurada la victoria de tus batallas contra las tentaciones y las trampas del enemigo.

Aquí tienes al arcángel Rafael. Considéralo tu compañero de viaje, un buen amigo que nunca permitirá que te pierdas. Él es la salud que te concederá llegar hasta el final, perseverando en la misión que el Señor te ha encomendado. Y en ese peregrinar, él es el encargado de abrir tus ojos y tu corazón, para que recibas los regalos que te tiene preparados el Señor, una ayuda para tu viaje de vuelta a la casa paterna.

Aquí tienes al arcángel Gabriel. Hermoso y grande es él. Abrirá tus oídos para que escuches la Palabra de Dios, para que comprendas su mensaje y puedas cumplir su voluntad.

Y aquí estoy yo, abrazándote con mi ternura, refugióndote en mi corazón lleno de amor de madre.

Con tanta ayuda, hijo mío, el Señor te asegura que puedas salvarte. Solo tienes que decidir rechazar el mal y hacer el bien: ignorar al diablo –a sus tentaciones y a sus distracciones, a veces disfrazadas de belleza en el mundo y de placer–, contemplar la cruz, y elegir por Cristo morir, con la esperanza y la total confianza de que Él ha resucitado, y ha alcanzado la vida eterna en su Paraíso para ti.

Si dices “sí”, un día verás a los ángeles de Dios subir y bajar sobre ti, porque no serás tú, sino Cristo, el Hijo del hombre, quien viva en ti.

Que los arcángeles del Señor te guarden para la vida eterna.

¡Muéstrate Madre, María!

(En el Monte Alto de la Oración, n. 132)

OTRAS ORACIONES Y REFLEXIONES

Búscanos en:

[Arquidiócesis de Toluca](#)

www.lacompañiademaria.com

lacompañiademaria01@gmail.com

La Compañía de María 
Madre de los Sacerdotes